

EL PROFETA DEL FIN DE LOS TIEMPOS.

Tomado de: www.kerigma.com

En la época de Jesús el antiguo profetismo se había extinguido desde hacía tiempo en Israel. En el lugar de la palabra viva del profeta se había introducido la autoridad de los grandes profetas del pasado. Se fue haciendo cada vez más común la convicción de que desde la desaparición de los últimos profetas escritores (Hageo, Zacarías y Malaquías), los cielos se habían cerrado y el Espíritu se había extinguido. Esto quería decir que había quedado interrumpida la comunicación tradicional entre Dios y su pueblo y que no bajaba ya el Espíritu para inspirar a los profetas. Una tradición del martirio de Zacarías, fundada en 2 Cro 24:21 e incluida en el escrito llamado Las vidas de los profetas (por el año 100 d.C.), señalaba el momento en que habían finalizado las revelaciones: Zacarías, de Jerusalén, hijo de Yodaé, sacerdote, fue matado junto al altar, por Joás el rey de Judá; la casa de David derramó su sangre en el centro cerca del vestíbulo. Los sacerdotes lo recogieron y lo sepultaron junto a su padre. Desde entonces, hubo en el templo prodigios extraños: los sacerdotes no pudieron ya ver en visión a los ángeles de Dios, dar profecías desde el Santo de los Santos, ni echar suertes para dar respuestas al pueblo tal como se había hecho hasta entonces.

El don de la profecía se presentaba, entonces, cada vez más como un fenómeno que sólo reaparecería al final de los tiempos, y lo haría de una manera muy visible. La antigua profecía de Joel servía para animar esta esperanza: Sucederá después de esto que yo derramaré mi Espíritu en toda carne. Vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán, vuestros ancianos soñarán sueños, y vuestros jóvenes verán visiones. Hasta en los siervos y las siervas derramaré mi Espíritu en aquellos días (Joel 3:1-2). Por eso la aparición de Juan el Bautista podía ser considerada como un acontecimiento que manifestaba el fin: un profeta vivo había surgido nuevamente, como en los siglos anteriores. Su mismo bautismo pudo haber sido estimado como un gesto profético, como era el caso de las acciones simbólicas que habían acompañado la predicación de Jeremías, Isaías o Ezequiel.

Por aquel tiempo estaba también extendida la idea de un único profeta: puesto que todos los profetas habían anunciado, en el fondo, la misma verdad divina, no debía haber más que un solo profeta que se venía encarnando sucesivamente en distintos personajes históricos. Este pensamiento aparece reflejado en el Evangelio de los Hebreos, citado por Jerónimo en su comentario al libro de Isaías (IV,11,2). El Espíritu Santo habría dicho a Jesús durante su bautismo en el Jordán: Yo te he esperado en todos los profetas, a fin de que tú vinieras y yo reposara en ti. El Profeta aparecería al final de los tiempos en su forma definitiva y plena, y la profecía llegaría entonces a su término y cumplimiento.

Ese Profeta no era en la esperanza judía un desconocido, sino que tenía un rostro bien concreto. A partir de la profecía de Dt 18:15 se esperaba el regreso de Moisés: El Señor tu Dios, te suscitará de entre tus hermanos un profeta como yo. En cambio, según la profecía de Mal 3:23-24 (4,5) se creía que al final de los tiempos Elías restablecería la recta doctrina de la comunidad israelita: He aquí que yo os envío al profeta Elías antes que llegue el día de YHWH, grande y terrible. El hará volver el corazón de los padres a los hijos, y el corazón de los hijos a los padres; no sea que yo venga a herir la tierra de anatema. Las figuras del promulgador de la Alianza y del gran predicador de la

conversión a ella eran las más adecuadas para que el Profeta se encarnara en su forma definitiva.

El Moisés esperado según Dt 18:15 realizaría milagros, restablecería la Ley y el culto verdadero en el pueblo y conduciría también a otros pueblos al conocimiento de Dios. Nuevamente moriría a los 120 años y se llamaría el Maestro o Ta'eb (restaurador). Así, según Jn 4:25 la samaritana del pozo de Jacob le aseguraba a Jesús: Cuando venga, nos lo explicará todo.

Los rasgos del profeta esperado se observan también en el Maestro de Justicia, nombre que el Comentario de Habacuc encontrado en Qumrán aplicaba a aquel que probablemente habría sido el fundador de la secta de los esenios: al Maestro de justicia ha hecho conocer Dios todos los misterios de las palabras de sus siervos los profetas (1QpHab VII,4).

Para resumir, el Profeta predicaría, revelaría los últimos misterios y, sobre todo, restauraría la revelación tal y como Dios la había dado en la Ley de Moisés. Pero, a diferencia de los antiguos profetas, su mensaje anunciaría el fin del mundo y su llamada a la conversión sería la última oportunidad de salvación de parte de Dios para los hombres.

LA APARICIÓN DE JUAN EL BAUTISTA.

Según todos los evangelios, la entrada en escena de Juan el Bautista y su actividad precedieron la historia de Jesús. Para la tradición cristiana primitiva había en ello algo más que un simple recuerdo histórico. Si hablaba del Bautista y de su movimiento no era para aclarar el telón de fondo y los antecedentes de la actividad de Jesús. Más bien, desde el comienzo la tradición colocó al Bautista a la luz de la historia de la salvación que Dios realizaba y él mismo pasó a formar parte del Evangelio de Jesús el Mesías. ¿Qué sabemos de este hombre?

En los evangelios Juan aparece súbitamente, sin ninguna preparación. Ninguna historia de vocación, como en los antiguos profetas de Israel, precedía su intervención. Los narradores no se detuvieron en ningún detalle biográfico, en todo caso, ni Marcos ni Mateo ni Juan. Sólo Lucas llenó este hueco con un relato de su infancia. Allí se le atribuye a sus padres un linaje sacerdotal: Hubo en los días de Herodes, rey de Judea, un sacerdote llamado Zacarías, del grupo de Abías, casado con una mujer descendiente de Aarón, que se llamaba Isabel (Lc 1,5). Se podría explicar así la distancia que el bautismo por él administrado implicaba respecto de los sacrificios, ofrecidos para perdón de los pecados, como una ruptura expresa de un miembro del sacerdocio con las prácticas culturales del Templo de Jerusalén. Una actitud semejante mantenían los esenios de Qumrán: Envían ofrendas al Templo, pero no hacen allí sacrificios, ya que son diferentes las purificaciones que suelen practicar; por eso se abstienen de entrar en el Recinto común y realizan sus sacrificios entre ellos (Flavio Josefo, Antigüedades XVIII,17).

El mismo evangelista nos dejó dos referencias que permiten señalar que con Juan reaparecía el antiguo profetismo. En primer lugar, la visión que tuvo su padre en el Santuario, experiencia que no se había dado desde los días en que el profeta Zacarías había sido martirizado en el Templo: Se le apareció el Angel de Señor, de pie, a la

derecha del altar del incienso (Lc 1:11). En segundo lugar, Lucas utilizó la fórmula clásica de la Escritura para presentar los oráculos de los profetas: fue dirigida la palabra de Dios a Juan, hijo de Zacarías, en el desierto (3:2).

Lucas nos dejó también una preciosa indicación sobre la fecha de su entrada en escena: el año decimoquinto del imperio de Tiberio César, siendo Poncio Pilato procurador de Judea, y Herodes tetrarca de Galilea (Lc 3,1), es decir, entre octubre del año 27 y septiembre del 28.

El lugar de su actividad no dejaba de ser significativo: la estepa del Jordán, en el amplio valle del sur. Porque desde los tiempos antiguos el desierto era el lugar al que se vinculaban las esperanzas finales de Israel ya que, según una antigua creencia, los últimos tiempos serían como el comienzo de la historia salvífica: ¿No os acordáis de lo pasado, ni caéis en la cuenta de lo antiguo? Pues bien, he aquí que yo lo renuevo: ya está en marcha, ¿no lo reconocéis? Sí, pongo en el desierto un camino, ríos en el páramo (Is 43:19). Lejos del mundo profano, pero también lejos de los lugares del culto, Israel se preparaba, como en los tiempos del Éxodo, a la revelación de Dios. Allí había de predicar un nuevo profeta: Una voz clama: "En el desierto abrid camino a YHWH, trazad en la estepa una calzada recta a nuestro Dios" (Is 40:3).

Si nos atenemos únicamente al testimonio que Josefo nos ofrece, no veremos en Juan más que un maestro de la virtud según el modelo helenístico: Exhortaba a los judíos a practicar la virtud, a actuar con justicia unos con otros y con piedad para con Dios, para estar unidos por un bautismo. Porque así seguramente es como el bautismo resultaría agradable a Dios, si servía no ya para hacerse absolver de ciertos pecados, sino para purificar el cuerpo después de que el alma había quedado previamente purificada por la justicia (Antigüedades XVIII,116ss). Tal presentación responde a la costumbre de Josefo de comparar a los grupos judíos con las escuelas filosóficas helenísticas en atención a la comprensión de sus lectores. Pero de este modo silenció totalmente los rasgos mesiánicos de la predicación del Bautista. Por otro lado era obvio tal silencio, pues a los romanos le disgustaba particularmente el pensamiento mesiánico judío, sobre todo a partir de la reciente guerra (66-73 d.C.).

A partir del testimonio de los evangelios queda claro que, ante todo, Juan exhortaba a la conversión. Esta llamada la dirigía a todos, porque ante aquel que iba a juzgar al mundo de nada servía alegar pertenencia al pueblo de Dios por herencia: Dad, pues, fruto digno de conversión, y no creáis que basta con decir en vuestro interior: "Tenemos por padre a Abraham" (Mt 3:8-9). Se trataba, pues, de una abierta declaración de guerra contra toda confianza presuntuosa en los méritos de los antepasados. De esa manera atacaba la pretensión de identificar pura y simplemente el pueblo de Dios con el Israel visible. Y con un juego de palabras declaraba que Dios era libre ante el hombre, incluso respecto a su propia promesa: porque os digo que Dios puede de estas piedras (avanim) dar hijos (banim) a Abraham.

La conversión por Juan exigida era algo más de lo que nosotros entendemos como cambio de mentalidad. Era un acto consistente en una puesta en marcha, un nuevo éxodo, un alejarse del pasado vivido sin Dios para encaminarse hacia el inminente reino de Dios. Implicaba un movimiento más amplio que una renovación interior de tipo individual; significaba la apertura ya desde entonces de un espacio en la existencia del pueblo para un mundo nuevo suscitado por Dios. Y esto no admitía demoras, porque ya

está el hacha puesta a la raíz de los árboles; y todo árbol que no dé buen fruto será cortado y arrojado al fuego (Mt 3:10). La urgencia de la conversión por el planteada distinguía su mensaje respecto de las demás expectativas apocalípticas de la época, que desconocían la fecha exacta de la llegada del tiempo final.

El resultado del juicio inminente sería la salvación o la condenación de los hombres: Yo os bautizo con agua para conversión; pero aquel que viene detrás de mí es más fuerte que yo, y no soy digno de llevarle las sandalias. El os bautizará en Espíritu Santo y fuego (Mt 3:11). El fuego consumiría la paja inservible, aquellas espigas sin grano, los carentes de buenas obras; mientras que el Espíritu concedería la salvación a los que presentaban frutos de conversión, renovándolos totalmente en virtud del poder creador de Dios.

Pero ¿Quién era ese más fuerte a quien Juan atribuía la ejecución del juicio? Puesto que el bautismo de fuego o de Espíritu implicaba salvar o condenar definitivamente, esas funciones no serían realizadas por una persona terrena, sino celestial. Para eso cabían dos posibilidades: Dios en persona o el apocalíptico Hijo del hombre anunciado en el libro de Daniel: Y he aquí que en las nubes del cielo venía como un Hijo de hombre. Se dirigió hacia el Anciano y fue llevado a su presencia. A él se le dio imperio, honor y reino, y todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieron. Su imperio es un imperio eterno, que nunca pasará, y su reino no será destruido jamás (7:13-14).

JUAN Y LOS ESENIOS.

El bautismo conferido por Juan, no puede ser comparado con el bautismo que acompañaba a la circuncisión en la ceremonia de iniciación de los paganos al judaísmo, porque de ningún modo Juan consideraba a sus oyentes judíos como si fuesen paganos. Es más acertado asemejarlo a ciertos ritos practicados por las comunidades judías marginales de Palestina y de Siria durante los primeros siglos. Tal sería el caso de los esenios, conocidos a partir de los testimonios de Plinio el Viejo, de Filón de Alejandría y de Flavio Josefo, de su propia producción literaria y de los vestigios arqueológicos conservados en Qumrán. Plinio el Viejo los ubicó al oeste del Mar Muerto, a cierta distancia de la costa: Pueblo solitario, el más extraordinario que exista; sin mujeres, sin hijos, sin dinero, viven en la soledad del desierto. Pero se renuevan continuamente, y los adeptos les llegan en masa... (Historia Natural V,72). Eusebio conservó en su Preparación evangélica (VIII,11,12) un fragmento de Filón que se refiere también a la comunidad de bienes mantenida por los esenios: Nadie se permite poseer nada como propio, ni casa ni esclavo ni campo ni rebaños ni cosa que produzca riqueza abundante, sino que todas las cosas las ponen en común y en común disfrutan del provecho de todas ellas. Josefo resaltó en ellos su insistencia en la necesidad de una conversión total y su preocupación extrema de pureza obtenida mediante reiterados baños rituales: se complacen en enseñar que hay que entregarse a Dios en todas las cosas. Declaran también que las almas son inmortales y opinan que hay que luchar por obtener la recompensa de la justicia (Antigüedades XVIII,17).

Con mucha frecuencia se ha querido relacionar a Juan con los esenios de Qumrán, dadas las semejanzas existentes entre su pensamiento y prácticas y los de la secta, y también debido a la cercanía del dicho monasterio respecto al lugar donde Juan realizaba su actividad. Seguramente debió conocerlos, pero no es muy probable que se hubiese formado con ellos. La predicación de Juan, a diferencia de la enseñanza esenia, era

pública y no privada. El juicio anunciado por los esenios llegaría en un futuro indeterminado y no de manera inminente.

Por otro lado, existen también otros personajes distintos de los esenios con los cuales se podría comparar a Juan. Puesto que la soledad ayudaba a la oración y al sacrificio en medio de una vida muy austera, muchos hombres sabios y santos elegían el desierto como morada. Por ejemplo, Josefo menciona a un maestro suyo: Habiendo oído hablar de un tal Bannus que vivía en el desierto, contentándose para vestir con lo que le proporcionaban los árboles y para comer con lo que la tierra produce espontáneamente, usando frecuentes abluciones de día y de noche por amor a la pureza, me convertí en émulo suyo (Autobiografía II, 9-11). Tal aspereza de vida se asemejaría mucho a la de Juan: Tenía Juan su vestido hecho de pelos de camello, con un cinturón de cuero a sus lomos, y su comida eran langostas y miel silvestre (Mt 3:4).

Finalmente el bautismo esenio era sólo un rito de incorporación a la secta para los nuevos miembros y el primero de una continua serie de baños rituales. En cambio, el bautismo de Juan era único y definitivo. En el contexto de su predicación del tiempo final y de la llegada del Reino de Dios, el bautismo hay que entenderlo como la última preparación, como el sello que habría de encontrar en cada uno el Juez que estaba por llegar para ser hallados dignos del Espíritu renovador y no del fuego de la condena.

Las fuentes cristianas presentaron el rito practicado por Juan como un bautismo de conversión para el perdón de los pecados (Mc 1:4). En esto se diferencian del testimonio transmitido por Josefo, para quien el bautismo servía no ya para hacerse absolver de ciertos pecados, sino para purificar el cuerpo después de que el alma había quedado previamente purificada por la justicia (Antigüedades XVIII,117). Si bien Marcos y Lucas señalaron como requisito previo el arrepentimiento y la voluntad de conversión manifestados en la confesión de los pecados (Mc 1:5), no negaron que se tratara de un signo eficaz que otorga el perdón.

Representaba para ellos una oferta de gracia divina que permitía acceder a la salvación cuando no quedaba ya ninguna oportunidad a través de otros ritos de penitencia u obras de misericordia.

Un bautismo conferido por un hombre y capaz de otorgar el perdón era ciertamente escandaloso. Por eso es comprensible que se haya buscado relativizar posteriormente la eficacia que Juan atribuía a su rito. Así sucede con el silencio de la fórmula para el perdón de los pecados en Mt 3:6, que fue desplazada hacia la última cena de Jesús a través de la sangre de la Alianza que es derramada por muchos para perdón de los pecados (Mt 26:28). Otro tanto sucede con la designación de Jesús como el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo (Jn 1:29), puesta en labios del Bautista.

JUAN EL BAUTISTA Y JESÚS.

Entre los que se acercaron a Juan encontramos a Jesús de Nazaret. El bautismo que Juan le administró es uno de los datos más seguros de la vida de Jesús, dada la dificultad que necesariamente debía originar para la comunidad cristiana. Primero por la aparente superioridad del Bautista sobre Jesús, y luego por el perdón de los pecados inherente a la recepción del bautismo y que hacía suponer una conciencia de pecado en Jesús. El hecho que la comunidad cristiana no hubiese omitido en su tradición este episodio es lo

que justamente le proporciona más garantías de historicidad. De todos modos la transmisión del relato se encargó también de solucionar las dificultades:

* La pregunta de Juan y la respuesta de Jesús en Mt 3:14-15 podrían haber significado el reconocimiento de parte de Juan que el tiempo de su bautismo había concluido y que había llegado ya el tiempo del bautismo en fuego y en Espíritu de parte de Jesús: "Soy yo el que necesita ser bautizado por ti, ¿y tú vienes a mí?". ¿Por qué, entonces, el Mesías bautizador se haría bautizar, pasando por un pecador más? "Déjame ahora, pues conviene que así cumplamos toda justicia?". El "así debe ser" expresado por Jesús sería un adelanto de ese misterioso "es necesario" que se irá repitiendo a lo largo del evangelio al referir la voluntad de Dios respecto a su Mesías, hasta la pasión dolorosa. De todos modos quedaba claro que Jesús recibía el bautismo de Juan como justo y no como pecador.

* Según el cuarto evangelio los pecados con los que Jesús llega al bautismo no son suyos, sino que él los carga de una manera vicaria: He aquí el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. Este es por quien yo dije: Detrás de mí viene un hombre, que se ha puesto delante de mí, porque existía antes que yo (Jn 1:29-30).

* En el Evangelio de los Nazarenos la madre y los hermanos de Jesús habían sido los que lo invitaron a recibir el bautismo para el perdón de los pecados. Jesús había respondido entonces: ¿En qué he pecado yo para acudir a él y ser bautizado? A menos que haya dicho algo por ignorancia (fragm.2). Si Jesús, a pesar de no necesitarlo, había recibido el bautismo quedaba bien claro que ninguna conciencia de pecado lo había motivado a hacerlo.

La tendencia marcadamente apologética presente en estas explicaciones que los evangelistas se consideraron obligados a proporcionar nos lleva a preguntar entonces qué habría llevado realmente a Jesús a encontrarse con Juan. La necesidad de justificar el abajamiento de Jesús, indigno de quien consideraban como el más fuerte que Juan, podría evidenciar que históricamente Jesús hubiese llegado hasta Juan buscando en él a un maestro. Esa posible relación de discipulado podría deducirse a partir de algunas coincidencias en la doctrina del Bautista y de Jesús y también de algunas notas comunes en la trayectoria de sus vidas, como el grupo de discípulos que los rodeó, la oposición de los dirigentes religiosos y la ferviente adhesión del pueblo. Ambos despertaron esperanzas y reacciones semejantes, y compartieron el mismo destino por orden de las autoridades. Herodes Antipas habría llegado a reconocer en la actividad de Jesús la prolongación de la obra del Bautista:

Aquel Juan, a quien yo decapité, ése ha resucitado (Mc 6:16). De hecho, Jesús mantuvo la misma firmeza que había llevado a Juan a denunciar el divorcio y posterior desposorio de Herodes con la mujer de su hermanastro aún vivo (cf. Mc 6:18): Quien repudie a su mujer y se case con otra, comete adulterio contra ella (Mc 10:11).

Junto a los numerosos bautizados que volvían inmediatamente a su vida cotidiana, hubo otros que quedaban a su lado como discípulos y lo llamaban Rabbí (Jn 3:26).

Compartían sus prácticas piadosas como el ayuno (Mc 2,18) y se ponían a su servicio (Mt 11:2). Algunos de ellos dejaron al Bautista y siguieron a Jesús: Andrés, el hermano de Simón Pedro, era uno de los dos que habían oído a Juan y habían seguido a Jesús (Jn 1:37). Y Jesús continuó, al menos por algún tiempo, con la práctica bautismal de Juan: se fue Jesús con sus discípulos al país de Judea; allí estaba con ellos y

bautizaba. Juan también estaba bautizando en Ainón, cerca de Salim, porque había allí mucha agua, y la gente acudía y se bautizaba (Jn 3:22-23). En su actividad Jesús parece haber tenido aún más éxito que Juan: Jesús se enteró de que había llegado a oídos de los fariseos que él hacía más discípulos y bautizaba más que Juan (Jn 4:1); sin embargo el evangelista no deja de hacer una aclaración que considera importante: aunque no era Jesús mismo el que bautizaba, sino sus discípulos (4:2).

Está claro que Jesús sintonizó con la predicación del Bautista y, por tanto, con la fe en el juicio y en la necesidad de la conversión y del bautismo para el perdón de los pecados. Pero a pesar de los paralelos que muestran continuidad entre Jesús y Juan, ambos también mantuvieron diferentes puntos de vista en su predicación. Siendo que la noción judía de Dios abarcaba tanto el aspecto del Dios justo como el del Dios misericordioso, Juan destacó el aspecto del rigor y Jesús el del amor. Juan predicaba el temor al juicio y la oferta salvadora del bautismo; en cambio Jesús acentuó la certeza de la salvación manifestada en la presencia ya actual del Reinado de Dios: Habiéndole preguntado los fariseos cuándo llegaría el Reino de Dios, les respondió: "El Reino de Dios viene sin dejarse sentir. Y no dirán: 'Vedlo aquí o allá', porque el Reino de Dios ya está entre vosotros" (Lc 17:20-21). De este modo el juicio quedaba aplazado para un futuro desconocido (pero igualmente sorprendente) y así se daba al hombre tiempo para confirmar con buenas obras su conversión.

También eran muy diferentes los estilos de vida asumidos por Juan y por Jesús. Juan era un asceta que llevaba una vida muy austera. En cambio Jesús es interrogado por los discípulos de Juan: ¿Por qué nosotros y los fariseos ayunamos, y tus discípulos no ayunan? (Mt 9:14).

Por otra parte la imagen del Mesías expresada en la predicación de Juan no correspondía con exactitud con el mensaje y las actitudes que Jesús ofreció desde los comienzos de su actividad. Juan evocaba al Juez celestial del mundo y no a un hombre de esta tierra. No es de extrañar, entonces, que Juan haya tenido dificultad para reconocer a Jesús como el Mesías por él anunciado: ¿Eres tú el que ha de venir, o debemos esperar a otro? (Mt 11:3). Durante el ministerio del Bautista ya habrían aparecido algunos indicios de aquella oposición que sus partidarios presentarían aún en el siglo II al movimiento originado por Jesús, según el testimonio de las *Recognitiones pseudo-clementinas* (I,60): Se suscitó una discusión entre los discípulos de Juan y un judío acerca de la purificación. Fueron, pues, donde Juan y le dijeron: "Rabbí, el que estaba contigo al otro lado del Jordán, aquel de quien diste testimonio, mira, está bautizando y todos se van a él (Jn 3:25-26). El libro de los Hechos es también testigo de que, más de veinte años después de la muerte del Bautista, el apóstol Pablo encontró en Efeso discípulos de Juan: Él replicó: "¿Qué bautismo habéis recibido?" -"El bautismo de Juan", respondieron (Hch 19:3).

Tal persistencia de los discípulos del Bautista, a menos que no hubiesen comprendido bien la enseñanza de su maestro, parece indicar que Juan nunca llegó a reconocer a Jesús como al Mesías esperado.

En cambio, la tradición cristiana, que reconocía a Jesús como el Mesías, siempre consideró a Juan como el profeta precursor apoyándose en la valoración que el mismo Jesús había hecho del Bautista. Es lo que muestra el pasaje en el que Jesús preguntaba a sus oyentes qué era lo que los había movido a dirigirse hacia Juan: "¿Qué salisteis a ver

en el desierto? ¿Una caña agitada por el viento? ¿Qué salisteis a ver, si no? ¿Un hombre elegantemente vestido? ¡No! Los que visten con elegancia están en los palacios de los reyes. Entonces ¿a qué salistéis? ¿A ver un profeta? Sí, os digo, y más que un profeta. Éste es de quien está escrito: He aquí que yo envío mi mensajero delante de ti, que preparará por delante tu camino. En verdad os digo que no ha surgido entre los nacidos de mujer uno mayor que Juan el Bautista; sin embargo, el más pequeño en el Reino de los Cielos es mayor que él (Mt 11:7-11).

Esta valoración de Juan muestra que las diferencias en la predicación de ambos profetas no implicaban necesariamente una ruptura sino, más bien, una nueva certeza de parte de Jesús respecto a la salvación esperada. ¿Cómo llegó Jesús a su convicción? Es posible que Jesús, como muchos otros profetas, tuviera un experiencia vocacional. Jesús habría sustituido el temor al juicio por la certeza de la salvación al intuir como profeta visionario que el mal había sido ya vencido, según una arraigada esperanza de la época: Y entonces se manifestará el reinado de Dios sobre toda la creación, y no existirá ya Satanás, y con él desaparecerá la tristeza (Ascensión de Moisés 10,1). Algunos han visto en Lc 10:18 un eco de esa experiencia: He visto a Satanás caer del cielo como un rayo.

Su carisma para obrar prodigios también pudo haberlo confirmado en esa intuición. Así parece sugerirlo la respuesta dada por Jesús a los emisarios de Juan que le preguntan si él era el que había de venir: Id a contar a Juan lo que oís y veis: los ciegos ven y los cojos andan, los leprosos quedan limpios y los sordos oyen, los muertos resucitan y se anuncia a los pobres la Buena Nueva; ¡y dichoso aquel que no halle escándalo en mí! (Mt 11:4-6). Jesús remitía a los milagros que ocurrían a su alrededor, sin atribuírselos a su persona. Los milagros obrados en su presencia por Dios, por los discípulos o por él mismo, le habrían convencido de que había comenzado de que había comenzado el tiempo de salvación, de que Satanás estaba vencido y de que él era, tal vez, el que había de venir anunciado por Juan.

LA MUERTE DEL BAUTISTA.

La vida de Juan acabó trágicamente asesinado por mandato de Herodes Antipas. Josefo atribuyó un móvil político a la ejecución. Juan era un hombre del desierto que reunía gente en torno suyo y, por lo tanto, un peligro potencial: Herodes tuvo miedo de que aquella fuerza de persuasión los incitase a la revuelta; todos parecían estar dispuestos a hacer cualquier cosa por consejo de ese hombre. Por eso creyó preferible adelantarse a los acontecimientos y suprimirlo antes de que surgiera algún conflicto de parte de Juan, en vez de encontrarse él mismo en apuros si se produjera aquella revuelta y no pudiera ya hacer nada entonces. Víctima de las sospechas de Herodes, Juan fue enviado preso a la fortaleza de Maqueronte y allí fue matado (Josefo, Antigüedades XVIII 118-119).

Mc 6:17ss atribuye, en cambio, un motivo personal: Herodes había enviado a prender a Juan y le había encadenado en la cárcel por causa de Herodías, la mujer de su hermano Filipo, con quien Herodes se había casado. Porque Juan decía a Herodes: "No te está permitido tener la mujer de tu hermano".

Sin embargo, el marco político que Josefo describió para referirse a la ejecución del Bautista implicaba, en cierto modo, también el divorcio de Herodes, puesto que la mujer

repudiada era hija de Aretas IV, rey de los nabateos: Aretas consideró aquello como el fundamento de un odio personal; tenía además un problema en la región de Gabalis... Cada uno de los dos reyes movilizó sus tropas y entraron en guerra enviando generales en su lugar. En el curso de una batalla quedó destrozado todo el ejército de Herodes, debido a la traición de unos desertores... Algunos judíos opinaron que el ejército de Herodes había sucumbido por obra de Dios, que de esta forma -se trataba de una expiación muy justificada- vengaba la muerte de Juan apodado el Bautista (Antig. XVIII, 114-116). En este contexto, la crítica de Juan al nuevo casamiento de Herodes pudo haber sido interpretada por éste no simplemente como una descalificación moral de su vida privada, sino como un alineamiento del influyente profeta en favor de los enemigos nabateos.